

REVISTA UNIVERSITARIA

ORGANO DE LA UNIVERSIDAD DEL GUZCO

xv

Año XVI

Tercer trimestre de 1926.

Nº 52

SUMARIO

Fitolatría Indígena F. L. Herrera

El poncho y las cuestiones sobre su origen José Gabriel Cosío

Del Folklore indígena... César A. Muñiz

Crónica Universitaria.

Bibliografía

SUPLEMENTO: 3ª entrega de "Exploración e Incidentes de Viaje en la Tierra de los Incas" por Jorge Squier.

Precio del ejemplar UN SOL

Editorial H. G. Rozas

CUZCO

1926

REVISTA UNIVERSITARIA

ORGANO DE LA UNIVERSIDAD DEL CUZCO

AÑO XI || TERCER TRIMESTRE DE 1926 || N° 52

Fitolatría Indígena

Plantas y Flores simbólicas de los Incas

En algunas provincias del departamento del Cuzco se conservan en poder de los indígenas unos vasos grandes de madera, de factura antiquísima, denominados *qeros*, que poseen por sucesión de padres a hijos y cuya antigüedad posiblemente se remonta a la época del Imperio. Son tenidos por los aborígenes en grande estima y sólo se les usa para las libaciones de la **akk'ra** (chicha), en sus fiestas religiosas o populares, en que se congrega todo el *Aillo* para celebrar el aniversario de un santo; el **Aimurai** o cosecha de maíz; el **p'allchai**, consagrado a la procreación del ganado; el **Pukllai** o fiestas del carnaval o en sus ceremonias fúnebres del **P'umpai** (entierro) y **Pusak-tuta** [exéquias].

En tales ocasiones es de ritual imprescindible el empleo de estos vasos, que por la solemnidad y recogimiento con que se les hace circular entre los **llakta-taitas** del pueblo, lleno siempre de su licor favorito, parece añorar el culto a **Pacha-mama**; por otra parte existe entre los indios la singular creencia de que el licor bebido en ellos tiene la virtud de

embriagar rápidamente. Es por tanto el **qero** un vaso sagrado, tal vez el último vestigio de la religión de los Inkas y que gracias al espíritu eminentemente conservador de la raza, perdura al través de los siglos entre las poblaciones aborígenes de la sierra cuzqueña.

Estos vasos fabricados de una madera dura y resistente, posiblemente de la **Unka** (*Eugenia oreophila*, Diels) o del **kiswar** [*Buddleia incana*, R y P], tienen la forma de un cono truncado que se asienta sobre la sección superior; a veces representa la cabeza de un **Puma**, de mandíbulas salientes, provistas de poderosos colmillos, de actitud amenazante, y todos ellos pintados siempre exteriormente con colores vivos e indelebles, representando dibujos que expresan símbolos o escenas de la vida de los soberanos Inkas. La etimología de la palabra **qero** no es conocida en el Cuzco, parece se trata de un nombre propio, pero añadiré que en la provincia de Quispicanchi se tiene el valle de **Qeros**, rico en maderas preciosas.

El dibujo adjunto, que me ha sido galantemente obsequiado por mi distinguido amigo el Dr. Aurelio M. Gamarra y Hernández, es copia de un ejemplar que posee procedente de la provincia de Paucartambo; asiento de una gran civilización precolombina aún no estudiada hasta el presente.

En dicha lámina que consta de tres fajas horizontales, de desigual anchura, se representan tres estilos diversos de los motivos de ornamentación de los huacos cuzqueños. En la superior, que es la más importante, se observa fácilmente que se ha tratado de expresar un acto de sumisión y acatamiento al poder omnímodo del Soberano: el Inka sentado en su trono o **tiano**, bajo el **llant'u** sostenido por un **Kumillu** [jorobado], engalanado con las insignias del poder, recibe las ofrendas que le ofrece la **ñust'a** en actitud rendida de adoración; mien-

trás que dos poderosos **Kurax Kunas**, uno de ellos armado con la clásica **moqona**, conducen a su presencia a un prisionero. Tal vez son generales que regresan de la conquista de alguna realeza sometida al Imperio. De la categoría de los personajes que entran en escena nos habla bien claro los escudos nobiliarios que les acompañan. Además el cuadro está exornado con dibujos de flores de **qantu**, **ñukchu**, hojas de coca, mazorcas de maíz y un árbol, símbolo de prosperidad, a las que se añaden dos **wakamayos** y un **q!enti** [picaflor].

En la segunda faja se representan figuras geométricas o signos escalonados del Imperio, que son característicos de los huacos cuzqueños. En ellos quizás se simboliza los agentes físicos de la Naturaleza y el culto a las divinidades estelarias. Finalmente en la faja inferior se completa la ornamentación con adornos de las mismas flores del **qantu** y **ñukchu**, acompañados con ramas floríferas de **Chinchirkuma**. Constituye pues el conjunto un grupo interesantísimo, de alto valor arqueológico, y cuya descifración lo reservo para los especialistas en la materia.

Por mi parte no haré otra cosa que anotar algunas observaciones de carácter fitográfico, fundado en los conocimientos que me han suministrado el *Folk-lore* indígena y la lectura de algunos cronistas de la época de la conquista.

QANTU

Cantua buxifolia, Lam.

La ramita con tres flores de color rojo encendido, de forma campanulada y corola dentada, que parece ofrendar la Ñusta al Inka, es la especie conocida en el Cuzco con los nombres vulgares de **qantu**, **qantutay** o **qellmo** y en Aimara con el de **Kon**.

tuto. Garcilaso de la Vega la denomina **Kantut** y la compara con las clavelinas de España y hace mención del paraje denominado **Kantut-pato**, que en aquel entonces constituía uno de los barrios de la ciudad del Cuzco. El padre Bernabé Cobo, al referirse a esta flor, dice: «También le suelen llamar los indios *Flor del Inka*, por que la estimaban mucho los Reyes Inkas». Suele presentar una hermosa variedad de flores amarillas, que posiblemente es la representada en la faja inferior en un pedúnculo que lleva tres flores blancas, con los estambres [espiquilla] salientes y que es la denominada más comunmente con el nombre de **qellmo** [*Cantua híbrida*]. Prescindiendo de los caracteres botánicos de que ya me he ocupado en otra ocasión solo diré que esta bellísima especie de la familia de las Polemoniáceas, tiene una extensa área de dispersión en la sierra del Perú y Bolivia y que crece en altitudes comprendidas entre 3.000 a 4.000 m. sobre el nivel del mar. En la actualidad emplean los indios sus flores en sus ritos funerarios, el día consagrado por la Iglesia a la conmemoración de los difuntos; y en algunas provincias (Paruro) persiste la costumbre de enterrar a las criaturas ataviadas con ellas, en la persuasión de que su corola encierra el agua necesaria para aplacar la sed del difunto en el largo viaje de ultratumba. También se les emplea para adornar con ellos (*pillu*) sus monteras y atados en manojos en la extremidad de un palo, anuncia el lugar de venta de chicha.

ÑUKCHIU

Salvia biflora, R y P.

Conjuntamente con la flor del **qantu** se observa otra, distribuída por el cuadro más uniformemen-

te y en mayor abundancia, es el **Ñukch!u**, perfectamente caracterizada por su corola de forma bilabiada, caliz corto y estambres salientes, de color rojizo que presenta matices diversos. Se les representa en ejemplares aislados y desprendidos del tallo para significar posiblemente su aplicación en forma de mistura. Parece que en el antiguo culto peruano esta planta estaba consagrada a las divinidades destructoras, al Dios **Kon**, causa inminente de los temblores y terremotos. Esta hipótesis se halla confirmada por la observación de que no obstante de ser la planta muy común en la falda de los cerros de todo el Departamento y dar sus flores en mucha abundancia en la estación de lluvias, los indios tan solo la emplean en las procesiones del Cristo crucificado y particularmente en la del Señor de los Temblores que se venera en la catedral del Cuzco el día de Lunes Santo en que se exhibe su imagen que es objeto de gran veneración entre la población indígena.

La planta en referencia es herbácea de dos a tres decímetros de altura, inflorescencia en espiga y corola, caduca. Pertenece a la familia de las Labiadas. Con el mismo nombre de **Ñukch!u** se conocen en el departamento del Cuzco, otras tres especies: el **Llagas ñukch!u** (*Salvia longiflora*, R y P.), arbusto de dos a tres metros de altura, inflorescencia en racimo, con el cáliz largo y de color rojo oscuro, se le cultiva en las huertas; el **azul ñukch!u** o **Poya-poya** [*Salvia* sp], de flores azules que en la madurez se recubre de una materia mucilaginosa, que atrapa las moscas; un ejemplar aislado se halla representado en el grabado adjunto, próximo a la cabeza del Inka y el **Qopak-ñukch!u** (*Fuchsia* sp), de la familia de los Enoteráceas cuyos frutos son comestibles.

CHINCHIRKUMA

Mutisia viciaefolia, Cav var: *hirsula* Wedd.

En la faja inferior se nota, en la misma disposición que el **qantu**, unas flores en forma de cabezuela o capítulo, pendiente de dos en dos de un pedúnculo bastante largo, es el **chinchirkuma**, de flores color anaranjado, del grupo de las Labiatifloras de la familia de las Compuestas. Esta especie y la **Woyurkuma** (*Mutisia acuminata*, R y P), son también muy apreciadas por los indios, que las emplean en la misma forma que el **qantu** para el anuncio de la venta de chicha y porque con sus cenizas se elabora la **llipta** que se masea asociado a las hojas de coca.

SARA

Zea Mays, L.

Sabido es que todos los cronistas españoles, con inclusión de Garcilaso de la Vega, se han ocupado extensamente sobre las múltiples formas en que los Inkas tributaban su adoración a la preciosa planta del maíz, que aparte de proporcionarles su principal sustento en forma de **mut!i**, **lowa**, **xank!u**, etc. les servía para preparar el **sank!u**, o sea la mazamorra sagrada que se consumía en las fiestas del *Raimi* y mas que todo el **okk!a** (chicha), la **aloxa**, el **tekte** y otras bebidas espirituosas. Insistir sobre su importancia en el culto inkaico lo conceptúo innecesario; por lo que tan solo me limitaré a hacer notar que en los escudos o estandartes de los personajes que figuran en la lámina adjunta, se representan en su parte superior tres mozorca de maíz; la del centro de color vinoso (**kulli**) y las

dos laterales con pequeñas flores masculinas en su vértice, símbolo de fecundidad.

KOKA

Erythroxylon coca, Lamk

Igual observación, haré respecto de las hojas de esta preciosa planta cuya importancia en el pasado y el presente no tiene rival. Puedo pues asegurar, sin temer de equivocarme, que no hay acto alguno en la vida del indio en que no intervenga esta hoja. Se le consume en proporciones apreciables por placer, para aminorar la fatiga de las labores cotidianas, es la droga por excelencia contra todas las dolencias del cuerpo, el símbolo de la amistad, el consuelo en el dolor, la exteriorización de la alegría, el ingrediente indispensable en toda ceremonia supersticiosa, y por último, la panacea universal. Así no es de extrañar que esté representado muy imperfectamente en forma de puntos coloreados que adornan todo el cuadro. Se les prefiere en las ceremonias supersticiosas unas hojas denominadas **k!intu** con dos o tres nervaduras en lugar de una central que tiene la hoja corriente.

KISWAR

Buddleia incana, R y P.

Muy próximo al prisionero conducido a la presencia del Inka, se representa un **Mallki** (árbol), símbolo de la prosperidad para el hogar recientemente constituido, y fundamento y base del origen de todo *Aillo*. Si no me equivoco crasamente, en él se ha tratado de representar un *kiswar* [álamo], cuya madera servía en otro tiempo para tallar los ídolos que se se incineraban en las fiestas del *Rai-*

mi. Entre las ceremonias que se estilaban en los matrimonios de los indios, existe la costumbre de plantar dos árboles: uno en cada una de las casas de los novios, y a cuyo alrededor se realiza la fiesta nupcial.

Terminaré estos desaliñados apuntes observando que las plantas citadas no son las únicas que tienen una significación religiosa, así tenemos la **P'alcha** o **Sukullullu** [*Gentiana chrisotaenia*, Gilg], es el símbolo de la fecundidad; se la emplea en la ceremonia del **P'alchaf** que tiene lugar en la festividad de San Juan, que es la fiesta consagrada a la procreación del ganado; el **Panti** (*Cosmos subpubescens* Wedd) de la alegría, que se usa en las fiestas del carnaval; el **ochanqaroy** (*Begonia boliviensis*, Hort), del nacimiento, de uso en las fiestas de Navidad; el **Raki-raki** (*Dryopteris* sp.), motivo de ornamentación de las vasijas en que se elabora chicha y otros que llevan nombres alusivos a los emperadores inkas o a las divinidades del Averno, como el **Inka-roqlla** (*Opuntia flocosa* Salm. Dyck); el **Pacha-kutik** (*Agaricus*); el **Inkampa-maqaskan** variedad del **apichu** (*Ipomea batatas*); el **Inkanmanta-Yawar-Waqak**, variedad de la papa (*Solanum tuberosum*, L); el **Supay-manchachi** (*Opuntia brasiliensis*, Will), el **Supayqarqo** (*Nicotiana glauca*, Grah), etc, etc.

QORI-KANCHA

Cuentan las crónicas de la época de la conquista que el pueblo peruano esencialmente religioso y consagrado a la adoración de la Naturaleza bajo sus múltiples aspectos, erigió en la ciudad del Cuzco, capital del Imperio, el suntuoso templo del Sol, en cuyo recinto sagrado, al par que se tributaba culto a sus divinidades de orden superior, se rendía pleito homenaje a los productos más no-

bles de su agricultura. Allí en su jardín anexo, fantástico y de un esplendor inaudito, se ostentaban las plantas más preciadas en la alimentación del hombre: el maíz, las papas, la coca y la quinua tenían sus representantes en ejemplares magníficamente elaborados de oro y plata! Al simbolizar así su honda admiración por las fuerzas misteriosas de la vida erigieron un monumento al reino vegetal, como cristalización de su culto a determinadas especies.

F. L. HERRERA.

1.—*Comentarios Reales*. Madrid. 1723 p. 231.

2.—*Historia del Nuevo Mundo*, Sevilla, 1890 pp. 482 y 483.

3.—*Contribución a la Flora del departamento del Cuzco*, Cuzco, 1921, pp. 172 y 173.

El Poncho i las cuestiones sobre su origen

Ha de parecer seguramente extraña la aseveración de que el PONCHO, esa prenda de vestir i de adorno del indígena de los países americanos i que es usada todavía por las personas de toda condición social de los pueblos del continente, no es de origen precolonial ni menos de procedencia peruana, como generalmente se cree; sino que, según todas las probabilidades, parece haber nacido a fines del siglo XVI i algunos años después de la Conquista, no precisamente entre nosotros sino entre los pueblos de la Araucania, si bien dependientes, en parte, del antiguo imperio del Tahuantinsuyu, no tan infiltrados e identificados con los usos i costumbres de los Incas del Perú.

El origen americano del PONCHO no puede ponerse en duda. De lo que se trata es de saber si ese abrigo tan típico i peculiar fué conocido antes de la llegada de los españoles, i el lugar del Continente donde esa prenda fué

usada por primera vez i con tan afortunado éxito, que su uso se generalizó tan rápidamente entre los pueblos, i logró tanta aceptación, que su empleo perdura i se extiende, con las naturales modificaciones impuestas por el tiempo i los lugares, sin temor de que algún día se pierda o se proscriba:

El poncho es hoy para el indio pobre, no sólo abrigo i cobertor, sino la capa piadosa que cubre sus harapos i su desnudez. Para el indio rico i el mestizo es un menester de lujo i de ostentación al mismo tiempo que una defensa contra el frío i las lluvias. Para el burgués, el hacendado i el criollo acaudalado, el poncho es la vistosa i amplia capa cerrada, de primoroso tejido de lana i vicuña, de algodón o seda, con que pasea su orgullo por el campo i la ciudad, sobre bien enjaezado alazán o sobre rumbosa i trotadora mula. El poncho sirve hoy, según la condición de quien lo lleve, de abrigo de casa i de calle, de cama i tapiz, para caminar a pie o para lucirlo a caballo. El mejor regalo que una novia india puede hacer a su amante o una mujer a su marido es un poncho tejido por ella misma, en el rústico telar amarrado a un tronco, cerca del patio de la casa o a un árbol próximo a la vivienda, a cuya sombra la tejedora, entre el *picchar* de la coca, estira la urdimbre sujeta a la cintura i pasa la trama apretándola con el *Rukki* (pedazo de hueso puntiagudo), como todavía lo hacían sus antepasados, en tiempos de los Incas, fuera de los obrajes españoles. Esto en cuanto a lo que sucede en la sierra del Perú, que respecto de los demás pueblos de la América no me atrevería a hacer igual afirmación, por lo mismo que en ellos la extirpación de las antiguas costumbres indígenas anda más aceleradamente que entre nosotros.

La primera cuestión que se insinúa al tratar de este tema es la relativa al nombre. La palabra *poncho* no es de procedencia *quechua*. Ningún diccionario antiguo ni moderno de la lengua quechua lo trae i tengo seguridad de que tampoco se contiene en ningún diccionario del idioma *aymara*. El Obispo Castro, en su diccionario Español-Quechua, no encuentra en el idioma de los antiguos peruanos la traducción de la palabra castellana *poncho* i explica su significado diciendo «abrigo». La Real Academia Española, en su diccionario, da a esa voz procedencia araucana i dice que viene de *pontho*: «ruana» que a su vez significa «tejido de lana» i en Colombia i Venezue-

la «capote de monte» o *poncho*. La docta corporación no tiene muchos motivos para conocer los idiomas americanos, i así la etimología que da a la voz carece también de fundamento para dar la verdadera, o siquiera la más aproximada.

Aquí no sólo se trata de conocer la etimología de la palabra, sino de determinar el origen i el proceso etnológico de esa camisola, casulla, abrigo o manto que al tomar su forma característica, vino a nombrarse PONCHO. El nombre es posterior al objeto nombrado.

Sobre este tema ha publicado, el americanista señor Costa Montell, en el tomo XVII de la Revista de la Sociedad de Americanistas de París, correspondiente al año pasado, un interesantísimo i original artículo, al que voy a referirme en éste mío, i por ser mío, desmedrado y pobre.

El señor Montell, al finalizar su estudio, insinúa la idea etimológica de que la palabra *poncho* viene de una voz castellana «pon» (imperativo del verbo *poner*) i de la voz *choni*, con la que los antiguos habitantes del norte de Chile, de las proximidades de Arica, denominaban a una camisola amplia i larga, de la que, según aquel escritor, saldría, por natural evolución i principalmente por las exigencias que el montar a caballo imponía, después de la llegada de los españoles. Equivaliendo la palabra *choni* a esa especie de «poncho» rudimentario o protoplasma de «poncho», al decir los españoles *Pon Choni*, en tono imperativo, perdiéndose la última sílaba, quedó la palabra PONCHO, con que se siguió nombrando a ese nuevo adinículo de la indumentaria indígena post-colombina.

Aunque no deja de ser ingeniosa i sutil la idea aludida, parece que peca por ser un tanto eforzada i violenta. Es verdad que Wiener, citado por el señor Montell, apura más si cabe el ingenio, en su obra *Perú i Bolivia*, al hallar el origen del poncho en los adornos i collares que los indios solían ponerse en el cuello, adornos i collares que creciendo en magnitud hacia abajo, dieron lugar a los tejidos que al fin llegaron a prolongarse a lo largo del busto i del talle.

Para afirmar que los antiguos peruanos no conocieron el poncho, a más del dato lingüístico que se ha expuesto, se tienen los siguientes:

Ningún cronista del siglo XVI ni del XVII menciona una sola vez el poncho como vestido de los hombres

del Tahuantinsuyu: Morúa, que acabó su libro en 1590, al describir el vestido de los indios del Collao habla de la camiseta, el *chucu* i el manto o *llacolla*: el Padre Las Casas, que tan favorable i honrosamente habla de los naturales de Indias, tampoco lo menciona, i menos dicen nada de él Cieza, Garcilaso ni Betanzos. Otro dato: que ni en las tumbas ni en las representaciones iconográficas de dibujos i restos de la cerámica incaica se encuentran huellas del «poncho». Como dice el señor Montell: «La abundante cerámica, sea del tipo Nasca, sea del tipo Inca, sea del tipo policromo o negro del litoral del norte, suministran representaciones de un gran número de especies, de mantos i de camisas, pero nunca del *poncho*».

En cambio la noticia más antigua que del poncho tenemos en América sale de Chile i se remonta a principios del siglo XVII, fecha a que puede referirse el origen, si no del poncho mismo, el de su difusión entre los pueblos de la América del Sur. Tal vez si es la primera vez que en un documento se emplea esa palabra, i esto principalmente en su sinonimia de *frazada*. Es precioso el dato que al respecto suministra el señor Montell, tomándolo de Bascuñán (*Cautiverio i razón de las guerras dilatadas de Chile*). «En 1629, dice, cayó (Bascuñán) en manos de los Araucanos i se vió obligado a permanecer algún tiempo con ellos, antes que fuese pagado su rescate. El Cacique Maulicán, que le trataba con verdadera benevolencia, le mandó hacer una vez cierta excursión, i en esta ocasión Bascuñán escribe: Amaneció otro día, como las cargas i aparatos que llevan, se reducen solamente a un *poncho* o *frazadilla*, que es lo mismo, i esta lleva a la grupa o a las ancas del caballo». Desde entonces ya es más frecuente el uso de la palabra *poncho*, seguramente porque su uso i empleo ya se iban generalizando, al mismo tiempo, quien sabe, del cambio de indumentaria a que las pragmáticas españolas obligaban a los indios en las colonias.

El uso de la palabra poncho, en el significado común de frazada i de prenda de vestir, unido al hecho, hasta hoy cierto, de que el indio emplea su poncho como cobertor, ha hecho pensar también a algunos escritores en que el origen del poncho se encuentra en las frazadas gruesas, que posiblemente se llamaban en el idioma *mapuche* «poncho». Una frazada, es cierto, puede fácilmente convertirse en un poncho basto i tosco abriéndole un agujero

longitudinal en el centro, para meter por él la cabeza. Los indios de nuestras punas utilizan el poncho más para taparse los pies i dormir sentados, junto a una puerta o en el rincón de una cocina, que para abrigarse durante el viaje, i es seguro que en un lecho de gentes pobres o de modesta situación económica, se ha de descubrir siempre el poncho como cobertor, inmediatamente después de la sobrecama, si la tienen.

Despojado el indio de su antigua indumentaria, de la *huara* (pañete o calzón estrecho), del *unco* (túnica sin mangas), de la *llaecolla* (manto), i obligado a tocarse con el algodón español, la chaqueta de faldas largas i móviles i el calzón a la rodilla, debió sentir la necesidad de cubrir con alguna prenda la exagerada estrechez de sus nuevos vestidos i presentar menos ajustado el busto. El poncho vino a satisfacer este anhelo, ya sea que esta prenda fuese, primeramente traída de Chile, ya sea que por natural evolución de la manta de dormir o de la camisola, hubiese hecho su aparición entre los naturales.

Tampoco sería muy aventurado, por cierto, ver el origen del poncho en la *cusma* de los salvajes del interior. Ese traje talar que no parece sino un poncho demasiado largo, cosido por debajo de ambos brazos i que hoy mismo lo usan los habitantes de nuestras selvas alejados de los centros civilizados, parece insinuarnos la idea de que el poncho puede ser una simplificación de la *cusma*, para hacerla menos incómoda para las labores agrícolas i dar mayor libertad al cuerpo. I no importa que esta transformación se haya operado entre los Araucanos si vamos a dar importancia al origen de la palabra *poncho* o en cualquier otro lugar de los comprendidos en los dominios de los poderosos Incas del Tahuantinsuyu.

Lo que no es fácil explicar es la relación que puede existir entre la invención del *poncho* i la afición de los araucanos a montar caballo, como parece opinar el señor Costa Montell, porque lejos de ser este objeto de comodidad para los ejercicios de equitación, lo es de estorbo i rémora.

JOSÉ GABRIEL COSIO.

Cuzco—agosto de 1926.

Del Folk-Lore Indígena

En distintas i apartadas poblaciones indígenas del departamento, he encontrado general la creencia en el "**Machusca** o **Saccasca**". El machusca se realiza durante el sueño, la víctima, que así puede llamarse dadas sus terribles consecuencias, si es varón se sueña con una hermosa i joven mujer, si es mujer con un joven gallardo i bien simpático, que se acuesta a su lado, desde este instante comienza un sueño voluptuoso i sensual, hasta concluir en un verdadero placer sexual. (polución)

Al día siguiente o subsiguiente de este sueño fatal, al que soñó se le entumescen las piernas, entumecimiento que llega por fin a una parálisis de los miembros inferiores, que trae pronto con sus terribles dolencias la muerte.

El "**Mujucuy**" es la costumbre rara que tienen los indios, (costumbre que ya no existe en las cercanías del Cuzco) de reunirse la noche de San Juan, i dedicarse exclusivamente a actos voluptuosos i sensuales, las mujeres son esa noche solícitas i condescendientes con los varones, los padres de familia se olvidan de vigilar a sus hijas, en las chacras i en las sendas que unen las dispersas chozas se oye un murmullo, i en fin el varón que menos tiene a su lado a la mujer que había deseado, i nadie se extraña de las sorpresas del caso, por que todos lo hacen.

El "**Pusacchascan**" (los ocho días de un fallecido, constituye una fiesta. Los deudos del difunto invitan a todos los amigos de éste, los que asisten llevando precisamente algún regalo, consistente en alimentos o bebidas; los deudos cocinan los potajes que gustaron más al difunto, los que son colocados sobre una "uncuña" (taleguilla) negra que reposa sobre un poyo al centro de la habita-

ción, a la media noche todos se retiran, creen que el espíritu del difunto vendrá a comer. A los muertos, antes de enterrarlos siempre les ponen las ojotas, "**Puripunompac**" [para que anden].

El "**Mallcosca**" [fiesta observada en Racaypata, nombre de aldeas proximas al pueblo de Quiquijana] es una carrera de Maratóa realizada por dos indios jóvenes, de 17 a 21 años; ambos se visten con ropa nueva i de un tejido fino, el "chullo" i el "poncho" deben ser nuevos, lo mismo que las hondas i la "quepina", en la que llevan un puñado de coca, un frasquito de aguardiente i otros de chicha; el vencedor en la carrera es premiado por el dueño de la hacienda con cuatro botellas de aguardiente.

II

Una práctica curiosa de los "ampic" [el que cura] es el "**Coll-pasca**". El ampic llama previamente en su ayuda a los "**Auquis**" hace al enfermo una frotación suave con la "collpa" (cloruro de sodio impuro o sal gema); acto continuo arroja la collpa a un depósito que contenga orines en descomposición, si la espuma que se forma es uniforme en su superficie, el enfermo sanará i si hay espacios es que se abrió la tumba para aquél.

Otra de las fiestas más solemnes es la del "**Huaco ttocoy**", la que se efectúa en el mes de Agosto unas veces, i otras en carnavales i otras en el día de San Juan o San Marcos. El indio reúne su ganado en la cancha de su casa, donde de antemano existe una piedra plana i grande, sobre la cual ponen coca, vasos con chicha i botellas con licor, cojen a una hembra i a un macho tiernos, los colocan bien juntos i los entrelazan con una soga, a la boca de cada uno les introducen un terrón de tierra, un poco de coca, chicha i aguardiente, a los demás les dan un asperges (ttinca) con estos líquidos; les cortan de todos un pedazo

de las orejas, las que son guardadas en la "unccuña". Se dirigen al cerro donde pastorean i con reverencia grande hacen la "ttinca" (un brindis al Auqui); abren un hoyo donde depositan la "unccuña" acompañada de coca, aguardiente i chicha i a veces incienso, con el objeto de que el Auqui cuide los rebaños.

Todo animal degollado en el mes de Agosto debe tener, según los indios, en sus entrañas el "**Encaicho**" (sustancia orgánica sólida de pequeño tamaño) el cual es de varias clases: "salca, ppiña" etc. Es objeto de adoración, i como el cristiano guarda en lugar preferido de su vivienda la imagen de un santo, el indio hace lo mismo con el "encaicho", a él se dirigen las "ttincas".

III

Cuando una mujer está en días próximos al desembarazo, se le hace el "**Pusquiasca**", se cree que el "laica" (brujo) ha enredado los intestinos de la paciente, para que esta sufra dolores intensos; una mujer pone sobre el vientre de la enferma una "pusquia" [hueso] i la hace girar a la izquierda, con lo que se desenvuelven los intestinos i el parto se hace fácil.

Entre los yuncas, existe la creencia de que el "**chiche**" (arco-iris) es la cola de un gato montés, de un puma monstruo, que sabe seguir al hombre para devorarlo, i que penetra en el vientre de la mujer embarazada para producirle los agudos dolores del parto.

IV

Cuando en los largos viajes pedestres, el indio siente un cansancio tal: "pisipasca" que se ve pbigado a sentarse i muchas veces le viene un ligero sueño, creen que en ese momento el Auqui le ha robado el corazón: "soncoitan mijurecohuan" i cuya consecuencia es una debilidad orgánica, anemia i nostalgia, dolencias de las que se curan pa-

gando al Auqui; este pago consiste en enterrar un poco de coca, chicha i aguardiente, i hacer la "ttinca".

Si el indio pisa las aguas de las fuentes ocultas i solitarias, recibe el castigo con la aparición de una úlcera incurable en la planta del pie.

Cuando encuentran abandonado el cadáver de un niño de pocos meses de vida, i que no haya recibido el bautismo, lo incineran; estas cenizas i los huesos calcinados los mastican aquellos que adolecen de ciertas enfermedades.

Cuando al abrir el foso para enterrar un cadáver, encuentran un hueso humano lo mascan, llegando el deseo de poseerlo hasta una disputa.

Los indios tienen una escrupulosa precaución de recibir de mano a mano el ají "uchu" por que creen que es causa de una riña ["checninacushuan"]

V

Signos que auguran una desgracia o un contratiempo:

Cuando durante el sueño se sienten picados por multitud de piojos i pulgas, lo que llaman "checmi," alguna desgracia les espera.

Cuando la coca que mascan tiene un jugo agrio, lo mismo.

Cuando tienen que hacer un viaje i la primera persona con quién se encuentran ese día es mujer, les debe suceder algo malo (quencha).

Cuando empezando a caminar tropiezan o dan un mal paso, el motivo por el cual viajan está lejos de realizarse: "kollo".

Cuando se sueñan noches antes de viajar o de un acontecimiento, del que desean su inmediata realización, con gallinas, ovejas, huevos, etc, fracasará el viaje o el acontecimiento. Cuando al tos

tar para un viaje, salta de la tostadera un grano, significa lo mismo.

Si se sueñan con trigo es para tener buena suerte, con maíz para tener plata.

Los indios tienen fé ciega en los sueños, no hay suceso de su vida que no haya sido pronosticado por un sueño.

Entre las aves cuyo graznido es el augurio de un suceso desgraciado están la "pacapaca", el "tucu" [lechuza]; entre los yuncas: el "pululo", el peor mal agüero, el "pucuy pucuy", el "pururo ppuspo", el "turay-turay", el "yuctin" [diurno]. De éstos últimos el suscrito no ha oído el relato i el graznido.

V

El fenómeno del eclipse de sol o de luna, siempre infunde miedo al indio. Cuando se realiza un eclipse se reúnen todos los habitantes de una aldea i queman leña, acto que llaman "yanapasun". Ayudar al sol o a la luna para que reviva su luz.

Los yuncas cuando hay abundancia de lluvias que ya perjudica sus sembríos reúnen a los "llactayoc" (sapos de gran tamaño) los ensartan i los arrastran por una acequia; pero la mayor parte de las veces desentierran un cadáver, ni mui antiguo ni mui reciente, i cuyo cráneo exhiben a la intemperie, con lo cual creen que cesan las lluvias.

Cuando cae granizo, que destroza los sembríos de maíz, papas, trigo, etc las mujeres se despojan de toda vestimenta i salen a exhibir su desnudez i a insultar al granizo, haciendo cruces con la mano izquierda.

Cuando un niño ha sufrido una fuerte impresión de miedo, "mancharisca" [asustado] el "ampic" dice: "chaninnimmi salcayarusca" (la primera palabra equivale a alma) i para curarlo de la enfermedad, consecuencia de la impresión, la rece-

ta es que el asustado coma un poco de tierra a diario, con el objeto de que lo auquis le devuelvan el alma.

VI

Para castigar a un ladrón, si éste ha dejado las huellas de sus pisadas, toda la sección de tierra que abarcan aquellas la levantan i la tuestan en la "ccanalla" [tostadera] con el objeto de que el ladrón se vuelva cojo; o si no procuran apropiarse de la ojota para arrojarla a una fuente, i ésta entonces se encarga del castigo, la parálisis.

Como recuerdo del respeto profundo que los antiguos peruanos guardaban a sus jefes o superiores, hoy cuando se reúnen los indígenas delante del alcalde, collana (primer jefe) caiua, [segundo jefe] nadie puede interrumpirlo so pena de una multa.

El indio de hoy no se casa sin antes haber llevado una vida de concubinato por el espacio de algunos años que no pasan de siete.

VII

Entre las prácticas sociales, citaré la "**Mincca**" que consiste en comprometer personalmente a los trabajadores, con un regalo de coca, chicha o licor, para el laboreo de sus tierras por el tiempo de un día. El que hace la "mincca" provee de bastante chicha i organiza un banquete para el mediodía.

El "**Aini**" consiste en ayudar a otro gratuitamente en el laboreo de sus tierras para que este a su vez haga lo mismo.

La "**ttinca**" es la práctica más arraigada entre los indios; antes de adquirir un animal o un objeto, antes de viajar, antes de tomar una bebida, se hace la ttinca. El viajero que a lo lejos divi-

sa al apuchecta exclama: "Auqui uairallata aisa-riuai".

Una tradición, que hé oído entre los yuncas, mui importante es la del "monteruna". Dícen que "ñaupacka", en los primeros tiempos, habían venido a poblar la región yunca, unos hombres desnudos, que tenían el cuerpo cubierto de pelos abundantes, i para relatar mejor hacen una comparación "ucuco jina millmasapa". (El suscrito les dijo que seguramente confundían con los "chunchos" a lo que contestaron "chunchuca quepatañas pacarisca").

Cuzco. Noviembre 2 de 1921.

CÉSAR AUGUSTO MUÑIZ.

Crónica Universitaria

Conferencias

Nuestro paraninfo ha abierto sus puertas en el último trimestre a la sociedad cuzqueña. Desde la tribuna han ofrecido muy interesantes conferencias:

el doctor Carlos D. Gibson, catedrático de economía política en la universidad de Arequipa, quien se ocupó del indianismo, como nuevo ciclo cultural;

el señor Rafael Larco Herrera, distinguido propulsor de las corrientes nacionalistas, quien nos dió a conocer brillantemente y con auxilio de bellas proyecciones fotográficas la cultura de los pueblos del Litoral: los chimús y los naskas;

la señorita Rebeca Carrión Cachot, conservadora del Museo de Arqueología de la Universidad de Lima e inteli-

gente investigadora de nuestra prehistoria, tratando del papel que cupo a la mujer en el antiguo Perú.

Las tres importantes conferencias constituyeron todo un éxito social e intelectual.

“REVISTA UNIVERSITARIA” las insertará en sus páginas.

Audiciones musicales

Periódicamente se ha venido ofreciendo en la Universidad amenas e instructivas sesiones filarmónicas, gracias a la cooperación del Centro Musical Cuzco.

Estuvieron bastante concurridas.

Fiestas deportivas

Este año el Stadium universitario ha sido teatro de grandes actividades.

Primero, el encuentro entre los clubs locales combinados y el Independiente de Arequipa. Después, el reciente match entre el Atlético Cuzco y el American Star de Puno.

Estos campeonatos interdepartamentales deben ser frecuentes a fin de estrechar vínculos entre la juventud sudperuana.

Hay marcada expectativa para el espectáculo de deporte nacional que se organiza bajo los auspicios de la Universidad y que debe realizarse el diez de octubre próximo. Las provincias ganaderas como Chumbivilcas, Canas, Espinar, Anta y Canchis van a enviar al Stadium un grupo de nuestros “gauchos” o “cow-boys” que practicarán a los ojos del público sus arriesgadas y pintorescas maniobras de lacear, coger y derribar potros y toros cerriles. Habrá también concurso hipico.

Se trata de un primer ensayo de nacionalización del deporte, iniciativa que ha merecido franco aplauso.

El Dr. Hans Luther.

Ha visitado la Universidad y sus dependencias el prominente político alemán de este nombre, cuya actuación como canciller del ex-imperio germánico es universalmente conocida.

El señor Luther estuvo en esta casa acompañado del señor Juan Alvarez de Buenavista, secretario de la embajada peruana en Washington y caballero de noble abolengo cuzqueño.

El Barón de Rauchhaupt.

Ha sido también nuestro visitante este eminente profesor de Derecho Internacional Público de la Universidad de Heidelberg. El profesor Rauchhaupt se interesó vivamente sobre las cuestiones jurídicas del Perú, en especial el derecho indígena.

Estimará mucho se le envíen todas las publicaciones sobre este para él importantísimo tema.

Museo de Ciencias Naturales.

Desde principios del trimestre se ha abierto al público esta nueva dependencia universitaria con limitadas colecciones por el momento. La comisión fundadora mucho estimará el envío de especímenes.

Funciona el Museo de 9 a 11 a. m. y de 2 a 4 p. m., a cargo de la conservadora señorita bachiller Camila Bocángel.

Museo Bibliográfico.

Ha comenzado la catalogación de los numerosos volúmenes pertenecientes al extinguido establecimiento jesuítico, cuyos materiales formaran parte de la Biblioteca—Museo.

Realiza esta labor, por comisión del Consejo Universitario, el ex—alumno señor José Luis Rodríguez.

Concursos.

En la segunda quincena de octubre se verificarán las pruebas en las oposiciones a las cátedras de Anatomía, Fisiología y Antropología en la Facultad de Ciencias y a la de Derechos Especiales en la de Jurisprudencia. Para la de Filósofos Antiguos y Modernos, Estética e Historia del Arte no se han presentado postulantes.

BIBLIOGRAFIA

Libros de autores cuzqueños

Se ha editado en Lima un "Bosquejo de la Historia Económica del Perú" por el catedrático de este curso en la Universidad de San Marcos doctor César A. Ugarte.

Están en prensa en la editorial Rozas:

Una obra de Pedagogía del doctor Humberto Luna:

Otra obra intitulada "Orientación y Organización" del catedrático de Derecho Internacional Público de nuestra Universidad doctor Manuel Jesús Gamarra.

Otra obra intitulada: "En la Capital de los Incas-Miscelánea cuzquense" del Sr. doctor José Francisco Iberico.

Una traducción de la obra de Squier "Perú, Exploración e Incidentes de Viaje en la Tierra de los Incas" por el doctor Federico Ponce de León.

El "Diccionario Biográfico Social del Cuzco" por el doctor Angel Vega Enríquez.

Próxima a salir una recopilación de sus estudios sobre Derecho Político del catedrático de este curso doctor Víctor J. Guevara.

En la Imprenta Cornejo se está editando una novela del señor Lizandro Caller.

Ha entregado los originales de su libro "Tempestad en los Andes" el doctor Luis E. Valcárcel. Lo publicará la Editorial Minerva de Lima.

Las Actas del Cabildo del Cuzco

El doctor Horacio H. Urteaga, director del Archivo de Lima, está editando en la casa Sanmartí & Co. dos tomos con las actas del Cabildo del Cuzco.

Estos documentos fueron extraídos de la antigua Biblioteca-Museo con el objeto de utilizar sus datos en la defensa del pleito de límites con Bolivia. Ni estos ni otros muchos que constituían todo el archivo colonial del Cuzco fueron jamás restituidos.

El Libro Primero de Actas—a estar a algunas informaciones de fuente fidedigna—fue robado hace más de treinta y cinco años del Cuzco, vendido en Lima al bibliófilo Carlos Prince, quien, a su vez, lo vendió al arqueólogo norteamericano Bandelier. La viuda de éste, según se asegura, mandará hacer una edición facsímil de aquel precioso libro de la Historia del Cuzco.

La Esfinge Indiana

Por J. Imbelloni—Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos—En formato mayor—396 págs. con grabados—Editor: Librería Científica y Literaria "El Ateneo" de Pedro García.—Buenos Aires.

Esta interesante obra que comienza a ser conocida en los círculos americanistas consta de:

Un Prólogo
Cuatro Partes
Catorce Capítulos
Siete Apéndices
Un Epílogo
Una Advenida
Cuatro Tablas.

Combate las hipótesis que hacen proceder a los americanos de Caldea y Babilonia y la llamada civilización heliolítica por la Escuela de Manchester, Ataca los cálculos y supuestos del ingeniero Posnansky sobre Tiahuanacu.

Ultimamente, abandona su actitud polémica—en la que se debe reconocer mucha erudición y férrea lógica—para penetrar por los vericuetos del origen polinesio, hoy en boga por los escarceos filológicos del profesor Rivet.

Espíritu tan desconfiado como el del autor se deja tentar por las homologías Perú—oceánicas hasta suponer que fué polinesio el fundador del Imperio Incaico. No en vano el señor Enrique Palavecino ha escrito en la addenda sus dos notas preliminares sobre el Idioma Quechua.

A la verdad, no nos convencen mucho.

Con tiempo y humor volveremos sobre el tema que ha seducido a última hora al señor Imbelloni a punto de dedicarle una tercera parte de su libro.

¿“Albores en el laberinto”? Quién sabe.

En su examen de las cosas peruanas le hace mucha falta al distinguido autor un conocimiento *de visu*: no es bastante con la erudición libresca y con las referencias de viajeros muchas veces distraídos.

Ya el señor Posnansky lo invitó a visitar Tiahuanacu. Nosotros también podemos ofrecerle hospitalaria acogida.

Un agudo espíritu como el del doctor Imbelloni puede observar mucho en el Cuzco—y casi seguro—conseguiría liberarse de ciertos prejuicios dañosos.

De todos modos, “La Esfinge Indiana” es un libro que hace honor a la ciencia argentina, y también al arte tipográfico sudamericano.

ristre, decidió la batalla en favor de los españoles y extirpó para siempre el poder de los Incas.

En toda esta estrecha lengua de tierra encontramos todavía evidencias de la grandeza de los Incas comprobada por su arquitectura. Las calles de la ciudad nueva están casi todas delineadas por grandes secciones de muros de piedra primorosamente labrada y juntada con precisión no superada en ninguna de las construcciones de Grecia o Roma, que el arte moderno puede emular pero no aventajar. Los muros del Templo del Sol, del Convento de las Vestales, de los palacios de los Yupanquis, de Viracocha, de Huayna Capac, de Inca Roka y fracciones del palacio atribuido al primer Inca, se conservan todavía y justifican las más extravagantes alabanzas de Garcilaso y de los antiguos cronistas sobre el arte de los antiguos constructores. Pero aun donde estos muros han desaparecido y las piedras que los formaban han sido empleadas para otros edificios, encontramos todavía las antiguas portadas que los constructores modernos conservaron y podemos por ellas determinar los lineamientos generales de la ciudad aborigen.

El centro de la ciudad fué el Huacapata (1) o gran plaza pública, que hoy está ocupada en parte, como se ha dicho, por la plaza principal moderna. No obstante, la antigua plaza se extendía al otro lado del Huatanay y comprendía lo que es hoy la plaza del Cabildo y el área cubierta por el grupo de casas situadas entre la plaza y la iglesia y convento de la Merced. Debo mencionar aquí que ambos ríos Huatanay y Rodadero estaban canalizados con muros de piedra labrada, con escaleras a intervalos, que descendían hasta el agua y constreñidos en estrechos caños; con puentes de un solo tablón de piedra, o formados de piedras empotradas en cada lado y unidas por una piedra larga que pasaba de un lado a otro. (2).

Edificado el Cuzco sobre declives más o menos abruptos, los arquitectos antiguos se vieron obligados a construir un primoroso sistema de terrazas para obtener planos horizontales para sus edificios. Las caras de estas terrazas eran paredes ligeramente inclinadas hacia adentro y uniformemente de la clase llamada "cielópea", es decir, compuestas de piedras de tamaño irregular y de todas las formas

(1).—Podría interpretarse tal vez Pan-theón, o templo de todos los dioses, que para los buscadores de semejanzas, daría otro punto de comparación con Roma.—N. del T.

(2).—De este último tipo es el puente de Santa Teresa, destinado a desaparecer con el abovedamiento que se va llevando a cabo.—N. del T.

concebibles, pero exactamente juntadas unas con otras. Donde estas paredes son largas—como ocurre en las terrazas de Coalcampata—la monotonía del frente es rota por lo general, con la introducción de nichos trapezoidales a manera de las falsas ventanas (“*blind windows.*”) que nuestros arquitectos emplean para adornar las paredes sin vanos. Estos nichos son siempre menos anchos en el dintel que en el umbral o parte inferior, como eran casi siempre, todas las puertas y ventanas de los Incas. La arquitectura incaica es peculiar y característica. Doquiera que fué introducida, entre las naciones de la Costa o en otras partes del imperio, puede reconocerse a simple vista. En su pesadez, la inclinación de sus muros, el estilo de sus cornisas y en algunos otros respectos tiene ciertas analogías con la arquitectura del antiguo Egipto; pero la semejanza no es tal, que implique necesariamente relación ni comunicación entre Egipto y el Perú. El progreso de la arquitectura ha debido seguir la misma senda y pasar, por las mismas etapas en todos los países y la arquitectura primitiva, como las ideas primitivas, debe tener un parecido.

Algunas de estas paredes son macizas e imponentes, compuestas de piedras ásperas y pesadas. Las que sostienen las terrazas del templo de Inca Rocca, en la calle del Triunfo, son de una sienita compacta de granos finos (1) en bloques que pesan varias toneladas, unidos con maravillosa precisión. Entre las piedras de este muro hay una de gran tamaño que ha sido designada por los cronistas como *la piedra famosa de doce ángulos*, número de ángulos entrantes y salientes que en efecto tiene cada uno de los cuales coincide con los de las piedras vecinas.

Los edificios públicos de todos los pueblos—templos, palacios y escuelas—son los más duraderos y creo que las ruinas del Cuzco pertenecen todas a esta clase. Las casas del pueblo han desaparecido aquí aunque se encuentran en abundancia en otras partes; pero queda lo suficiente de los palacios y templos del Cuzco, para permitirnos, con la ayuda de las antiguas descripciones, el reconstruir con tolerable exactitud, su forma y carácter originales. Puede decirse que por regla general se edificaban en torno de un patio,

(1).—*Esta roca es un pórfido de augita y diorita, según el estudio microscópico de las muestras recogidas por el profesor Gregory, que fué hecho por James Stewart, alumno graduado de la Universidad de Yale, quien trabajó bajo la dirección del profesor L. V. Perisson. Es la misma roca que la de Suchuna o de la piedra lisa o Rodadero.—No debe olvidar el lector erudito que la traducción se hace con fines didácticos y que por tal razón tenemos que insistir en esta clase de notas.—N. del T.*

con una pared exterior no interrumpida y sin ventanas, salvo raras excepciones. La entrada, en todo caso era ancha y elevada, pudiendo un ginete pasar libremente por ella. El dintel era siempre un pesado tablón de piedra, y en él se esculpían, figuras, lo mismo que en las jambas, predominando las de serpientes, quizás porque entre los peruanos, como en otros pueblos, la serpiente era un símbolo del Sol. Es evidente que estas entradas se cerraban con puertas de alguna clase, pues quedan restos como de goznes y dispositivos para atrancar.

Las paredes de estos edificios, lo mismo que las de las terrazas, son ligeramente inclinadas hacia adentro, y en algunos casos, se adelgazan en la parte alta. Las paredes del Cuzco son todas de piedra labrada y de la traquita (1) de Andahuaylillas, que siendo de granos gruesos produce mejor adhesión entre los bloques lo que no ocurriría empleando otras piedras. Estas son de diversos tamaños en diferentes construcciones; su longitud varía de uno a ocho pies y su espesor de seis pulgadas a dos pies y están colocadas en hiladas regulares. El tamaño de las piedras, por lo general, disminuye de las hiladas inferiores a las superiores, produciendo un efecto agradable de graduación. Las juntas son de una precisión desconocida en nuestra arquitectura y no igualada en los monumentos del arte antiguo en Europa. La afirmación de los antiguos cronistas sobre que la exactitud con que estaban ensambladas las piedras de algunos edificios era tal que era imposible introducir entre ellas la más delgada hoja de cuchillo o el alfiler más fino, puede admitirse como estrictamente verdadera. (2). En materia de labrado y junta de piedras, nada hay en el mundo que pueda superar la maestría y precisión que ostentan los muros incaicos del Cuzco. Todas sus construcciones modernas—y las hay muy notables—parecen rudas y bárbaras en comparación.

En los edificios que voy describiendo no se encuentra cemento de ninguna clase, ni la más remota evidencia de que se hubiera empleado alguno. Las construcciones en que se empleó arcilla peñajosa, mezclada quizás con otros materiales adhesivos, para unir piedras brutas en un bloque permanente de pared, son de un carácter muy diferente del

(1).—Las canteras de Rumicocleca son de basalto de hiperesteno. Véase la nota anterior. Nada nuevo dice este nombre al espíritu, pero es el que corresponde a la roca.—N. del T.

(2).—Mr. Bingham compara la exactitud matemática de estas juntas con la adherencia del tapón de vidrio de un frasco de perfume.—N. del T.

de los edificios del Cuzco. Al desvirtuar así perentoriamente las leyendas y especulaciones sobre algún cemento maravillosamente adhesivo y casi impalpable que se dice era empleado por los Incas, y el secreto de cuya composición se ha perdido, estoy enteramente seguro de la responsabilidad que asumo. Nadie ha investigado, ni ha podido investigar mejor que yo esta debatida cuestión. Y digo como resultado de un examen llevado a cabo en casi todos los centros de la civilización peruana, que los Incas en sus construcciones de piedra labrada, se valían, con raras excepciones, únicamente de la exactitud con que juntaban las piedras y no de cemento para asegurar la estabilidad de sus obras, que a no ser que sean derribadas por la violencia sistemática, perdurarán hasta que el Capitolio de Washington se haya destruido, hasta que el Neozelandés de Macaulay contemple las ruinas de la catedral de San Pablo desde los arcos derruidos del Puente de Londres.

Las excepciones a que me he referido son casos como los de Tiahuanacu, las chullpas de Sillustani y la Fortaleza de Ollantaytambo, en que las piedras estaban ajustadas por chapas de bronce que encajaban en muescas y salientes, o por otros dispositivos enteramente mecánicos, que no tienen relación con el uso de mortero alguno. Pero también es cierto que Humboldt afirma enfáticamente que él encontró un verdadero mortero o argamasa en las ruinas de Pullal y Cannar en el norte del Perú (1).

Los muros exteriores de las construcciones del Cuzco tienen la apariencia de lo que podría llamarse "obra rústica", de cuyo estilo ofrecen bellos ejemplos el Palacio Pitti de Florencia y algunos otros edificios de aquella ciudad, aunque no tan perfectos como los del Cuzco, es decir, las superficies exteriores o caras de las piedras son ligeramente convexas y cortadas en bisel las aristas, de tal manera que las juntas forman pequeños canales. Humboldt nos dice que este labrado de las piedras se llama "bugnato" por los arquitectos italianos y cita el muro de Nerva en Roma como ejemplo de esta clase de trabajo (2). Sin embargo algunos edificios incaicos y notablemente el Templo del Sol y el Convento de las Vírgenes del Sol tienen superficies exteriores perfecta-

(1).—Alejandro de Humboldt, *Sitios de las Cordilleras y monumentos Indígenas de América*. Traducción de Bernardo Giner. Página 356. Se trata del palacio de Inca-peruca, de la provincia de los Cañaris (Cannar)—N. del T.

(2).—Los estilos y caracteres de la arquitectura incaica y colonial son materia de un estudio técnico en el libro citado de Uriel García, "La Ciudad de los Incas".—N. del T.

mente lisas, como si las paredes hubieran sido aplanadas después de construídas.

Los arquitectos incaicos sabían labrar las piedras para edificios cuadrangulares y circulares. Una sección del Templo del Sol es circular (1), mejor dicho un arco de círculo aplanado. Las piedras fueron cortadas para ajustarse en esta forma, pues las superficies de contacto pasan por los radios de dos círculos concéntricos y la línea de inclinación general de la pared es perfecta en cada sillar.

Volviendo al asunto del plano de los edificios incaicos, como ya he dicho, se construyeron por lo general en torno de un patio, al que tenían salida todas o casi todas las habitaciones. Por regla general, éstas eran separadas y parece que cada una se destinaba a un uso especial. En algunos casos, no obstante, existían habitaciones interiores a las que no podía llegarse sino pasando por cierto número de antesalas. Eran quizás alcobas, o recintos destinados a las prácticas de la religión doméstica, o refugios de los tímidos o de los débiles. Muchos de los departamentos eran grandes. Garcilaso describe algunos de ellos, cuyos restos quedan aún para comprobar su veracidad, y dice que pueden contener sesenta jinetes, con espacio suficiente para que maniobren con sus lanzas. Tres lados de la gran plaza de Huacapatá estaban ocupados por otros tantos *galpones* o edificios públicos, destinados a las ceremonias religiosas ú otros actos durante el mal tiempo, cada uno de los cuales tiene capacidad suficiente para varios miles de personas. Garcilaso no se extralimita al describirlos como que tenían doscientos pasos de largo y de cincuenta a sesenta de ancho, con capacidad para tres mil personas cada uno.

Prescott y otros han incurrido en error al describir los edificios de los antiguos peruanos, afirmando que eran de un solo piso, bajos y sin ventanas. Ahora bien, las paredes que quedan en el Cuzco demuestran que eran de treinticinco a cuarenta pies de alto sin contar la altura del techo. Eran quizás de un solo piso, hecho sobre el que nada puede afirmarse; por otra parte, sabemos que existían edificios, templos y casas particulares de dos y tres pisos, con ventanas adecuadas para alumbrar los interiores. Teniendo en cuenta el clima del país y la falta de conocimiento del vidrio, el número de ventanas ha debido estar limitado a lo indispensable.

(1) También se conserva un edificio circular a manera de torreón, entre las ruinas de la gran ciudad de Machu Picchu descubierta por Hiram Bingham en 1911, sobre una montaña cubierta de bosque tropical. Véase *National Geographical Magazine*, XXIV, Oct. 1912, N. del T.

Pocas de las casas de la clase más baja de la Sierra del Perú tienen aún ahora más de una puerta, y ésta con frecuencia tan baja, que la entrada es difícil aun caminando con las manos y las rodillas. El clima frío y la escasez de combustible explican suficientemente la deficiencia de puertas y ventanas. La carencia de madera explicará también la incongruencia real o aparente de los edificios en cuya descripción he estado empeñado. Tales edificios tenían techo de paja, como muchas de las casas en la ciudad de Puno, y otras del interior en la actualidad. En algunas de las construcciones de dos pisos—como por ejemplo en el Palacio del Inca en la Isla de Titicaca—en las habitaciones de los bajos que eran las más pequeñas, el techo o cielo raso es un arco formado por piedras superpuestas, techo que parece haber sido el más aproximado al verdadero arco empleado por los mejicanos y centroamericanos. No he encontrado otra clase de arco en los edificios de piedra en el Perú, pero sí encontré un verdadero arco en una construcción de adobes en Pachacamac.

El templo del Sol fué el edificio principal y más imponente no sólo del Cuzco sino de todo el Perú, si no de toda la América. Los relatos acerca de su esplendor y riqueza dejados por los conquistadores, en los que agotan los superlativos de su grandioso lenguaje han sido repetidos tan a menudo que se han hecho familiares a los lectores ilustrados. Según esas narraciones, este edificio tenía cuatrocientos pasos de circuito, con altos muros de piedra primorosamente labrada que rodeaban un patio en el que se abrían cierto número de capillas dedicadas al culto de los astros y los departamentos destinados a los sacerdotes y a sus sirvientes. La crónica erróneamente atribuida a Sarmiento, afirma que no vió en España más que dos edificios que pudieran comparársele en su ejecución, y Garcilaso dice que todo cuanto escribieron los españoles acerca del templo, y todo cuanto él mismo hubiera podido escribir, no alcanzaría a dar una justa idea de su grandeza. Estaba situado como tengo dicho, en la parte baja de la ciudad, en el barrio de Ceoricancha o lugar del oro, sobre el lecho del río, hacia el cual descendía el terreno, como descende actualmente, por una serie de terrazas con caras de piedra labrada que formaban los jardines del Sol. (1) El templo propiamente dicho ocu-

(1). Las terrazas han desaparecido casi por completo y los jardines del Sol han sido invadidos por inmigrantes australianos, quiero decir por eucaliptos. Se impone la construcción de una avenida por la orilla izquierda del Huatanay que una el Templo del Sol con la estación del Pumaccochupan.—N. del T.

paba todo un lado del patio. La puerta principal, dice Garcilaso estaba al Norte. Las cornisas de los muros estaban cubiertas con planchas de oro por dentro y fuera, lo mismo que el interior del Templo. El techo era de paja, alto y apuntado pero el artesonado era de madera y plano. En el extremo del Este había una gran plancha de oro representando al Sol y junto a él estaban las momias disecadas (algunos dicen embalsamadas) de los reyes Incas, sentadas en sillas de oro. La momia de Huayna Cápac, tenía un sitio de honor cerca a la imagen, por ser del más grande de los monarcas de la dinastía de los Incas. Esta plancha, de una sola pieza, ocupaba todo el ancho de la pared y era el único objeto de culto en el edificio. Alrededor del patio estaban los otros edificios separados, dedicados respectivamente a la Luna, a Venus, a las Pléyades, al Trueno, y al Relámpago y al Arco Iris. Había también un gran salón destinado al Sumo Pontífice y departamentos para sus familiares. Todo estaba ricamente decorado con oro y plata.

Las ruinas existentes confirman en lo substancial, las descripciones de los cronistas. El área que ocupaba el Templo, lo está hoy, como ya he dicho, por la Iglesia y Convento de Santo Domingo. Los pocos frailes ignorantes, pero amables que quedan aún de la en otro tiempo rica y renombrada orden de Santo Domingo en el Cuzco, me admitieron como miembro honorario de su hermandad, me dieron una celda y me permitieron, durante la semana que pasé con ellos, escudriñar todos los compartimientos de la iglesia y todos los rincones y esquinas del convento, medirlos, dibujarlos y fotografiarlos a mi entera satisfacción. Aquí una sección larga de maciza pared, acullá un fragmento, más allá una esquina, ora una portada, luego una terraza, y todo ello a la vez me permitieron trazar un plano del antiguo edificio, si no del todo exacto pero sí en lo substancial. Su largo era de 296 pies; su ancho, tal como ahora puede determinarse, de cerca de 52 pies.

El templo, según la descripción de Garcilaso, y según lo han probado mis propias investigaciones, ocupaba un lado de un patio rectangular, alrededor del cual estaban situados los edificios dependientes por él mencionados.

No estaba construido como unánimemente se ha dicho, de tal manera que la dirección de sus lados coincidiera con la de los cuatro puntos cardinales, sino que aquellos se conformaban con la dirección de las antiguas calles, las cuales formaban ángulo de cuarenticinco grados con dichos puntos. Ni estaba la puerta "en el extremo que miraba exactamente

al Este", de tal manera que los rayos del sol naciente iluminaran directamente su propia nùrea imagen, colocada en la pared de enfrente del templo. La puerta estaba en el lado Noreste del edificio y se abría a la plaza o más bien al área rectangular, llamada hoy como antiguamente, Inti-pampa o campo del Sol. Esta área está todavía rodeada por pesados muros de piedra labrada con serpientes grabadas en relieve, sobre los cuales se elevan las casas de los modernos habitantes. Esta plaza, estaba dedicada a las ceremonias más solemnes de la religión incaica, y nadie osaba entrar en ella sino en los días santos y siempre con los pies descalzos y la cabeza descubierta.

El extremo del templo que mira hacia el Huatanay, que es el mejor conservado, se eleva sobre los hermosos jardines del Sol y sobre él se ha construido una especie de balcón que no está en conexión con la moderna iglesia, en suma, un mirador. Fué en este extremo del templo que estuvo colocada la gran imagen de oro del Sol, la cual habiéndole tocado al conquistador Leguísamo, fué perdida en juego antes de salir el sol. Ofrezco una vista de esta extremidad del antiguo edificio. Es de forma circular con paredes de piedras bellamente labradas y juntadas con toda precisión, ligeramente inclinadas hacia adentro. La sacristía y almacén de imágenes destrozadas de la iglesia de Santo Domingo, se edificó sobre estas paredes al nivel de su parte alta. En mi opinión, dentro de esta extremidad circular del templo estuvo antiguamente una de esas "columnas" conocidas con el nombre de Inti-huatanas.

La construcción dedicada a las estrellas era de 51 pies de largo por 26 de ancho dentro de las paredes, y las dedicadas a la Luna, al Trueno, al Relámpago, al Arco Iris y a las Pléyades, eran a lo que entiendo de las mismas dimensiones. El convento de los sacerdotes, o más bien de los servidores del templo, estaba a mano derecha del patio, mirando el observador hacia el norte. Estos departamentos eran de 33 pies 10 pulgadas de largo por 13 pies 4 pulgadas de ancho medidos dentro de los muros, cada uno con dos puertas, con ocho nichos en la pared frente a la puerta y tres en cada una de las paredes de los extremos. El depósito o fuente de piedra de una sola pieza, de la que dicen los cronistas que era forrada con planchas de oro, todavía está en el centro del patio. Es de forma octogonal alargada, de siete pies de longitud, cuatro de ancho y tres de profundidad.

Tiene un agujero para vaciar, pero el acueducto que servía para llenarlo está destruído. (1)

Sin embargo el convento está dotado de agua que viene por canales subterráneos cuyas fuentes son desconocidas. Hay algunas razones para creer que los Incas conocían las leyes de equilibrio de los líquidos que no conocieron los Romanos, y que conducían el agua para el templo y otros lugares, a través de sifones invertidos, por debajo del cauce del Huatanay.

Por el lado del Huatanay la vista del Templo del Sol ha debido ser preciosa como lo es aún, limitada únicamente por las montañas que cercan el valle del Cuzco en esa dirección. Por el lado opuesto, no obstante, parece que no existieron sino una calle estrecha, apenas de nueve pies de ancho, y edificios comparativamente de ruda construcción. El Inti Pampa, al frente, unido a la plaza Central o Huacapata por tres calles de paredes elevadas, altas y sólidas aún, no tenía, con todo, más de cuatrocientos pies de largo por cien de ancho y no corresponde a la grandeza que le atribuyen las narraciones antiguas.

Algunos de los cronistas dicen que el templo estaba rodeado de una elevada muralla; pero nada es más cierto sino que los muros exteriores no eran otros que los propios del edificio. Nos dicen también que las terrazas del jardín del templo estaban cubiertas con terrones de oro y que contenían una infinita variedad de árboles y plantas de oro y plata y figuras de hombres, de cuadrúpedos, aves, reptiles e insectos, todo del mismo precioso metal. Que las paredes interiores del templo estaban cubiertas con planchas de los mismos metales y que las cornisas interiores y exteriores (de una vara de ancho según Garcilaso) eran de oro, no es increíble; pero que los jardines del templo que cubrían una área de seiscientos pies de largo por casi trescientos de ancho, estaban también cubiertos de oro y plata, excede la credulidad.

No es que los antiguos joyeros no hayan imitado a veces objetos naturales con apreciable habilidad, pues de ello tenemos abundantes pruebas, sino que los Incas parece que fueron una raza de notable buen sentido, eminentemente práctica y utilitaria en sus ideas y en sus obras, y demasado, estoy seguro, para haber trabajado el oro imitando la leña, para amontonarlo fuera del templo! Existen en el Cuz-

(1)—Este hermoso monolito fué detenido en la estación de los ferrocarriles por acción popular, y no obstante remitido al Museo Histórico de Lima.—N del T.

co, en algunos de los museos particulares pedazos de las planchas de oro con que estaban cubiertas las paredes del Templo del Sol. Apenas puede dudarse de su autenticidad. Son simples hojas de oro puro, muy delgadas, no más gruesas que una hoja de papel fino de notas.

Las ruinas más notables del antiguo Cuzco, próximas al Templo del Sol, son las del Palacio de las Vírgenes del Sol. Estaba separado del templo por un bloque de edificios ocupados por el sacerdocio, y lo que queda de él prueba que fué una imponente construcción. Con el favor de la abadesa pude entrar en el convento de Santa Catalina que ocupa ese lugar. Parece haber sido un edificio largo y un tanto angosto. Una de sus paredes laterales, ya incompleta, mira a la estrecha calle de la cárcel o prisión, fronteriza al Amaru Cancha o lugar de las Serpientes, donde el Inca Huayna Ceapacc tuvo su palacio. Esta pared es ahora de 750 pies de largo y de 20 a 25 de alto y se parece a la del templo del Sol en el tamaño y pulimento de sus piedras. Un extremo de este edificio miraba hacia la plaza principal y medía como 180 pies. Todo el Aella-Wasi puede describirse como un edificio de muy cerca de 800 pies de largo por 200 de ancho. Las paredes existentes no tienen entradas o vanos, pero la puerta pudo haber estado, y probablemente estuvo, donde actualmente está hoy la puerta de la iglesia y convento de Santa Catalina que cubre la mayor parte del terreno que ocupaba la antigua construcción. Tenía indudablemente un patio interior y quedan aún suficientes fragmentos del edificio que hacen posible la reconstrucción de su plano. El Aella-huasi estaba destinado a las vírgenes de la familia real que eran enviadas allí a la edad de ocho años a cargo de las *mamacunas* (literalmente «madres profesoras») y guardadas en rigurosa reclusión.

Entre el Palacio de las Vírgenes y el Huatanay estaba, como tengo dicho, el Amaru Cancha o Palacio de Huayna Ceapacc. Era un inmenso edificio, casi de 800 pies de largo y su lugar está ocupado hoy por la hermosa iglesia y el convento de los Jesuitas, los cuarteles del Departamento y la Cárcel. Fué construído con piedras más pequeñas en el estilo llamado trabajo rústico y tiene muchas entradas. Sobre la puerta principal, netamente grabadas en relieve, sobre el dintel, hay dos serpientes, en alusión, probablemente, al nombre que se dió al edificio.

Al otro lado de Aella-huasi hay una construcción enorme, o una serie de construcciones que cubren el barrio llamado Pucamarca, entre ellas, los palacios de los Yupanquis. Uno de los muros, en la calle llamada Pampa de Maruri, se

encuentra casi en perfecto estado, excepto en los sitios en que ha sido agujereado por las puertas de los edificios modernos, construídos sobre las ruinas. Es esta quizás una de las más bellas muestras de los muros antiguos que quedan en el Cuzco y uno de los mejores ejemplos del estilo general de la arquitectura incaica. Tiene 380 pies de largo y cerca de 18 de alto. Las hiladas de piedras son simétricas y exactas, y, como dice Humboldt de algunas paredes que vió, las junturas son tan perfectas que si se acepillara las superficies de las piedras, apenas podrían distinguirse. Una sección de esta pared, de más de 800 pies de largo, pero más entrecortada por las casas modernas, al costado N. E. de los palacios, mira a la calle de San Agustín.

Dicen los cronistas que cada Inca edificaba un palacio nuevo que a su muerte se convertía en residencia de sus descendientes, sin contar al inmediato sucesor. Si fué así y si la regla era rigurosa, las ruinas existentes confirmarían la exactitud de la lista de Incas de Garcilaso, pues, fuera de los edificios públicos, no quedan restos de más de catorce palacios, siendo este el número de Incas conforme a dicho autor. Una de las más interesantes de estas ruinas es el palacio de Inca Roka, dedicado por él mismo a la instrucción del pueblo. Estaba situado en un terreno alto sobre el río Rodadero hacia el cual descendían sus jardines colgantes. Los cimientos de la construcción, o más bien las paredes que soportaban las terrazas sobre las que se construyó el palacio, están casi en perfecto estado. El palacio era de piedra con fachadas del estilo de las paredes del gran Templo. Tenía 200 pies de largo por 150 de ancho.

Separado de él por una calle angosta, hoy la calle del Triunfo, estaba el Yacha-huasi, o la escuela, edificada por Inca Roka, quién ubicó su palacio cerca de las escuelas. Parece que éstas fueron construídas sencillamente con numerosas puertas sobre las terrazas del pequeño río Rodadero. Fué aquí donde los *amauttas* o sabios enseñaban los conocimientos de su tiempo: la ciencia de los *quipos*, las tradiciones históricas, los cantos populares y, probablemente, algunas de las principales artes mecánicas.

El sitio de la catedral estaba ocupado por un gran *galpón* o sala techada y fué aquí donde los españoles hicieron su cuartel cuando ocuparon la ciudad. Detrás de este *galpón* estaba el palacio del Inca Viracocha, del que quedan considerables vestigios. Al N. O. de la plaza grande habían otros edificios públicos o *galpones* de piedra labrada por el estilo del Templo del Sol, y el palacio del Inca Pachacutec.

La gran plaza central de la antigua ciudad, ocupada hoy

en parte por la plaza principal, era de 850 pies de largo por 550 de ancho. Estaba dividida en dos partes aproximadamente iguales por el riachuelo Huatanay que corre a veinte pies por debajo de su nivel, el cual estaba encerrado en un canal de quince pies de ancho con paredes de piedra labrada y cubierto entonces como ahora por grandes lozas de piedra.

El área al N. E. del río se llamaba Huacapata o Terraza ó Orilla Sagrada, y la del otro lado del río, Cusipata o Terraza del Regocijo. Una parte de Cusipata está edificada ahora y hay una manzana de casas sobre el río que corre por debajo. En el lado S. E. de Cusipata estaba la casa del cronista Garcilaso de la Vega que puede aún reconocerse por la descripción que hizo de ella. En este lado del río no habían palacios reales—así dicen los antiguos cronistas; pero habían algunos edificios considerables y bien contruidos como lo prueban las ruinas. Eran sin duda de la clase llamada *galpones*. Existen todavía numerosas portadas incaicas con secciones adyacentes de muros antiguos, utilizados por los españoles. En la gran plaza de Huacapata se celebraban las grandiosas fiestas de los Incas. Allí acamparon los españoles cuando entraron en la Ciudad y allí resistieron el terrible sitio que tan admirablemente ha descrito Prescott, en el que fué muerto Juan Pizarro.

Un objeto visible de todas partes de la ciudad es la colina empinada de Sacsahuamán que se eleva a 760 pies al norte de la ciudad, sobre la cual edificaron los Incas la gigantesca fortaleza ciclópea denominada por los conquistadores la novena maravilla del mundo. Describiré esta fortaleza en otro lugar. Al presente sólo diré que a cierta altura de la *falda* o ladera, en el sitio en que ésta es tan empinada que la ascensión se hace casi imposible, hay una serie de hermosas terrazas, sostenidas por muros ciclópeos decorados con nichos, que reciben el nombre de Ceolcampata o Terraza de los Graneros. Se dice que aquí edificó su palacio el primer Inca y fundador del Cuzco, Manco Capac, del que quedan todavía algunos fragmentos—una portada, una ventana, una pequeña sección de pared y algunas porciones de cimientos que no bastan para trazar un plano completo de la construcción. Habían fuentes aquí, y el sitio ocupado ahora en parte por la iglesia y plaza de San Cristóbal, no sólo dominaba toda la ciudad, sino todo el valle del Cuzco. Las terrazas estaban rellenas con la tierra más fértil, celebrada aún por su feracidad, y en conjunto, es casi regio en su posición.

Los Incas eran jefes de una gran Nación que dependía de la agricultura. Para demostrar su respeto por la industria que constituía la base del Estado, para dignificar y exaltar

el trabajo acostumbraban iniciar aquí con sus propias manos, las labores de la siembra y la cosecha. Cuando llegaba la época de la labranza y se celebraban las fiestas del caso, el Inca en persona llegaba a las terrazas de Colcacampata con gran pompa y ceremonia, y con un pico de oro, comenzaba a roturar la tierra; y cuando las mieses del maíz y de la quinua estaban maduras, volvía otra vez a Colcacampata y cosechaba las primeras espigas. Los frutos cultivados aquí directamente por el Hijo del Sol eran sagrados, y, como las semillas de la Isla de Titicaca, eran distribuidos para ser sembrados en todo el Imperio en las tierras destinadas al Sol. Se enseñaba así al pueblo, cuidadosamente, que los favores de su Dios se perpetuaban por mediación de sus Hijos, y a considerar a los Incas como la personificación de la bondad y la misericordia de Aquél, así como de su poder. (1).

No puedo dejar el Cuzco antiguo sin unas cuantas palabras acerca de su pristino esplendor e importancia deducible de la observación de sus monumentos. Todos los que estudian la Arqueología y la Historia de América tienen por cierto, que los españoles, al hablar del número de los enemigos con que se encontraron, nunca pecaron por defecto. Por el contrario, muy a menudo incurrieron en exageración. Según sus narraciones lucharon con ejércitos que sobrepasaban en número a cuantos se vieron en cualquiera de los campos de batalla de las grandes guerras de la historia moderna, y los derrotaron. Más numerosos que los que lucharon por cualquier lado en Borodino, Leipzig, Waterloo, Manassas, Chancellorsville, Gettysburg, Villafranca, Sadowa o Sedan. Pero descartando toda exageración no hay duda que Cortés, Alvarado y Pizarro con sus pocos centenares de jinetes e infantes se enfrentaron con tropas muy superiores en número pero también muy inferiores en armas. Las ciudades de que tomaron posesión son invariablemente presentadas como grandes y populosas y las cortes de sus príncipes como imponentes aún para quienes estaban familiarizados con la historia y las leyendas acerca de la magnificencia de los árabes.

En muchos respectos, quizás en muchísimos, fué el Cuzco, sino la más populosa, la ciudad más grande en toda América. Puede muy bien creerse que tenía extrañas riquezas de oro y plata e imponentes edificios, pues, esto está confirmado por pruebas concordantes y ruinas que aún existen; pero

(1)—Una admirable evocación de estas fiestas puede leerse en el bello cuento de Luis E. Valcárcel titulado "Cusi Puma".—N del T.

me parece improbable que haya tenido un número mucho mayor de habitantes del que actualmente tiene. Es sencillamente increíble que su población era de doscientas mil almas y que otro tanto habitaba en los suburbios. Las casas de la clase popular en la Sierra y en la región del Cuzco, no fueron como las de Centro América y México, de caña y otros materiales que pudieran desaparecer en una sola estación, sino de piedras y adobes y no pudieron menos que dejar restos duraderos. Tales restos no quedan alrededor del Cuzco, y por mucha que hubiera sido la concentración aquí en ocasiones importantes, cuando la población se reunía de los valles de Yucay y Paucartambo, de los bolsones de Andahuaylillas y Xaquijahuana, de las *punas* de Chincheros y Chita y de todas las partes del poderoso Imperio, no parece probable que la ciudad hubiera tenido nunca una población permanente de más de cincuenta mil habitantes en tanto que otro número igual hubiera estado diseminado en todo su valle. El departamento del Cuzco es hoy el más populoso del Perú, pasando su población de trescientos mil habitantes. Este número agota casi todos sus recursos, y aunque tengamos que admitir que la producción agrícola es en la actualidad inferior a la de los antiguos tiempos, no debemos olvidar por otra parte, que muchos animales domésticos, cierto número de legumbres, el trigo y la cebada, han sido introducidos sólo desde la Conquista y contribuyen al sostenimiento de la población actual.

No convengo con aquellos escritores que dicen que el aspecto del antiguo Cuzco era brillante y multicolor. Sus más brillantes edificios estaban contruidos, como hemos visto, con traquita de color sombrío y visiblemente no fueron pintados ni estucados. Las casas del pueblo, hechas con piedra bruta y barro, fueron probablemente embarradas y pintadas de rojo o amarillo y han podido darle cierta apariencia de claridad a la urbe. No existieron probablemente nunca cúpulas y torres como lemos a veces, pues tales términos arquitectónicos se emplean en descripciones sueltas que lejos de ser exactas no tienen más propósito que impresionar al lector. Ni estuvo trazada la ciudad con regularidad perfecta, cortándose las calles en ángulos rectos; ni el Huatanay canalizado con piedra en la extensión de veinte leguas, sino únicamente a través de la ciudad. (1).

El Cuzco moderno se extiende de manera compacta en-

(1)—Hay que ver que el Huatanay no tiene más de ocho leguas desde sus orígenes en el cerro Sencou [14,514 pies sobre el nivel del mar] hasta su desembocadura en Huambutío, a 32 kilómetros del Cuzco.—N. del T.

tre el Huatanay (1) y el Almudena y aún al otro lado de este último río se prolonga el barrio de Belén. Aunque su población ha disminuido considerablemente desde la Independencia, tiene aún muy cerca de cincuenta mil habitantes (2), y, como capital del Departamento del mismo nombre, es, necesariamente, un lugar de cierta importancia, sede de un obispado, de una universidad, de una prefectura y de una guarnición. Muy bien construida, sus edificios son en su mayor parte obra de los conquistadores en el apogeo de su riqueza y de su actividad, cuando tenían mitas y repartimientos, antes que los tesoros acopiados durante cinco siglos fueran disipados, y cuando tenían una población grande, industrial y experta sometida en absoluto. Las casas están construídas en estilo netamente morisco, con patios rodeados de corredores abiertos, sostenidos por elegantes columnas, en los que se encuentran las puertas de los departamentos de cada piso. Las fachadas tienen balcones con celosías y el aspecto general es el de Granada en España. El piso bajo de las mejores casas de las calles principales está dividido en pequeños cuartos oscuros sin ventanas, que son las tiendas, herrerías, picanterías, etc. de la ciudad. (3)

Las iglesias y conventos son grandes y numerosos. Hay treinta de las primeras y once de los segundos, de los cuales han sido suprimidos cinco. Todos son notablemente bien construídos. La catedral, que hace frente a la plaza principal, es una construcción grande, maciza y un tanto pesada; pero la iglesia de los jesuitas, en la misma plaza, es una maravilla de belleza arquitectónica, quizás un tanto recargada

(1)—*Debe decirse entre los ríos Rodadero y Almudena. Estos ríos se llaman más bien Choquechaca o Tullumayu y Chunchulmayu. El curso superior del Huatanay se llama Saphí. El río que en el plano de Squier aparece con el nombre de Cachimayu, es el Huancuro, principal afluente del Huatanay por la derecha.—N. del T.*

(2)—Es un error. El censo levantado por el doctor Alberto A. Giesecke el 10 de Setiembre de 1912, medio siglo después de la visita de Squier (1865) y publicado en la Revista Universitaria del Cuzco en Marzo de 1913, en el que colaboramos como ayudantes los alumnos de Estadística, apenas arrojó algo más de la mitad de esta cifra [26,939 habitantes] y esto comprendiendo los distritos rurales de San Sebastián [2,271 habitantes] y de San Jerónimo (4,440 habitantes). Sin embargo, la población aumenta con relativa rapidez desde la llegada del ferrocarril (1908) a tal extremo que el número de viviendas ya es insuficiente y los alquileres son comparativamente muy caros, así como el costo de la subsistencia.—N. del T.

(3)—Estos tenduchos se han modernizado en su totalidad. Podemos citar antiguas fondas de chinos que se han convertido en licorerías y pastelerías de estilo moderno, como la Confitería Maxim y el Salón Gasco que ocupa los tajos de la casa de Garcilaso de la Vega.—N. del T.

de adornos, pero su fachada es la más hermosa de cuantas iglesias he visto en Sud América. La torre de la iglesia de La Merced es admirable por sus proporciones y buen gusto, y los patios del convento del mismo nombre están rodeados por claustros de piedra blanca primorosamente cincelada, los que por su gracia y armonía pueden compararse con los más bellos de Italia. En esta iglesia reposan los restos de Juan y Gonzalo Pizarro y de Almagro. Las iglesias y conventos están llenos de cuadros, algunos de mérito y de importancia histórica. De estos últimos hay una colección en la pequeña iglesia de Santa Ana, del tiempo de la conquista. Representan la procesión de Corpus Cristi en la cual toma parte la familia del Inca con regias vestimentas originales. Allí están Paullo, el menor de los hijos de Huayna Ccapacc y numerosas niustas o princesas, hijas y sobrinas del mismo monarca. Estos cuadros son singularmente interesantes y merecen ser copiados con exactitud porque muestran los trajes y costumbres de la época. (1)

Por muchos años, después de la conquista y de la fundación de Lima, el Cuzco continuó siendo la principal ciudad del Perú, la sede de la riqueza y del saber y la residencia de las familias más nobles. Pero los caminos de los Incas se desmejoraron, las dificultades del viaje siempre grandes, se aumentaron, y la corte virreynal establecida en Lima, más corrompida y fastuosa que ninguna otra en América, atrajo grandemente a sus más atrevidos y ambiciosos habitantes. En Lima mucho menos se sabe del Cuzco que de Berlín; por un limeño que ha llegado al Cuzco, cien han visitado París. El viaje de Lima a Nueva York se hace en menos tiempo y con la cuarta parte de las incomodidades y fatigas de un viaje de Lima a la altiva pero aislada ciudad de la Sierra. (2).

Siete octavos de la población del Cuzco es de indios de pura sangre y el conocimiento del quechua es casi absolutamente indispensable para una amplia comunicación con la masa del pueblo. La población blanca y extranjera es pequeña y se compone principalmente de empleados del Gobierno, unos cuantos *ricos hacendados* que por lo general viven en sus haciendas, y una docena de pequeños *comerciantes* que

(1)—Véase la monografía "La Pintura en el Cuzco" del distinguido pintor y literato Cosío del Pomar.—N. del T.

(2).—Hay que tener presente la época a que se refiere Squier (1863) y que partiendo de Arica, trasmontó los Andes, y desde el Lago Titicaca, siguió la ruta de Manco Ccapacc para llegar al Cuzco. Hoy el viaje del Cuzco a Lima puede hacerse cómodamente en cinco días, y lo mismo a Buenos Aires.—N. del T.

podrían llamarse tenderos en cualquier otro país. Son tan pocos los blancos, en conjunto, que apenas puede distinguírseles en las calles y el aspecto del lugar es, por consiguiente, el de una ciudad enteramente indígena. (1) Apenas hay algo que pueda llamarse sociedad, aunque la clase superior es hospitalaria y franca y mucho más sincera y menos amanezada que la clase correspondiente de las ciudades de la Costa, donde las costumbres nativas han sido sacrificadas por un vano deseo de imitar los ademanes y gracias del extranjero. Algunas de las familias antiguas llevan una vida de buen tono y sus casas están montadas con verdadera elegancia. Algunas de ellas conservan departamentos con pesados cortinajes bordados de damasco y los ricos y sólidos muebles tallados de hace dos siglos, de la época en que la nobleza y el oro del Perú estaban concentrados en el Cuzco. Otras están amuebladas al estilo moderno francés, con grandes espejos, cómodas embutidas y grandes pianos traídos de la costa con infinito trabajo y a costo fabuloso.

Voy a referirme especialmente a la residencia de la difunta señora Centeno que vivía en la plaza de San Francisco, cuyas atenciones para con los extrajeros eran proverbiales y que logró honrosa reputación como coleccionista del mejor y más valioso museo de antigüedades del Perú. Esta casa se llamaría "palacio" aún en Venecia si no por su arquitectura por su extensión. Por la amplitud de sus departamentos, su rico y variado contenido, y su decorado, podría compararse honrosamente con algunos de los más bellos del Gran Canal. La señora Centeno contaba algunas anécdotas divertidas acerca de Castelnau y otros viajeros y especialmente de un francés llamado Lorenzo Saint Criq, quien, con el nombre de "Paul Marcoy", publicó después de muchos años, una descripción del Cuzco y otras partes del Perú. (2) Una descripción del museo ocuparía un volumen y me contentaré con

(1)—Es una exageración tan grande como la de creerse todos blancos, cosa que ocurrió en el último censo, como si la blancura fuera signo inequívoco de superioridad.—Nota del T.

(2)—El profesor Raymond, en un trabajo sobre el Rio Sanghan y Ayapata, publicado en el volumen XXXVII del *Journal of the Royal Geographical Society of London*, denuncia como "absolutamente falsas" las afirmaciones del señor Pablo Marcoy y dice que sus libros "*Voyage a Travers L'Amérique du Sud*" y "*Scenes y Poyasages dans les Andes*" deben considerarse como fruto de una viva imaginación antes que como obras verídicas. Y se lamenta "de que habiendo tenido oportunidad de visitar regiones inexploradas haya empleado su talento en un trabajo de esta clase, tan desviado de la verdad, cuando tan sólo con describir fielmente pudiese tan nuevos como el

insertar algunos grabados de objetos de alfarería escogidos entre muchos centenares y que ilustrarán la habilidad de los antiguos y su gusto por el humorismo.

En algunos respectos la reliquia más importante en la colección de la señora Centeno, es el hueso frontal de un cráneo del cementerio de Yucay, que muestra un caso evidente de trepanación en vida. La señora Centeno fué tan bondadosa que me lo dió para su estudio que fué hecho por los mejores cirujanos de Estados Unidos y Europa, y es considerado por todos como la prueba más notable del conocimiento de la cirugía entre los aborígenes hasta hoy descubierta en el Continente. Pues la trepanación es una de las operaciones más difíciles de la cirugía.

El corte del hueso no fué hecho con sierra sino evidentemente con un buril semejante al usado por los grabadores en madera y metal. La abertura es de 58 centésimas de pulgada de ancho por 70 centésimas de largo.

La falta de esculturas en el Perú, sin contar pequeños objetos de piedra, es notable y contrasta con lo que hemos visto en Méjico y en la América Central. Unas cuantas terracotas han sido halladas en el Cuzco, pero con excepción de algunas serpientes en relieve en los muros y dinteles y de un grupo de Pumas sobre las puertas de una casa en la calle de Santa Ana, (1) no se ven esculturas en el Cuzco. Hay algunas figuras que semejan grifos, etc. en el patio de una casa de la calle del Triunfo y una llamada sirena en la pared de la terraza de Colecampata, pero yo las considero como modernas. En la colección de la señora Centeno, no obstante, se encuentran dos figuras de piedra que toscamente semejan

(1).—Debe decir Santa Teresa. Se refiere a la casa número 6 hoy del agente de honras fúnebres don Eleázaro Velarde. En el grabado de la página 461 del original se presenta la esquina de Santa Teresa con el nombre equivocado de Santa Ana, y una escena del *alcco-ppanuy* o apaleamiento de perros, sistema reemplazado con el envenenamiento por estricnina que da lugar a cuadros no menos edificantes.—N. del T.

Perú, pudo interesar a sus lectores mucho más que con historias fantásticas.—N. del A.

Si tales embustes se publicaron en el siglo XIX, ¿cómo creer a ciegas en las crónicas del siglo XVI? Bueno es recordar que Squier y Raimondi fueron compañeros de navegación y estudio en el Lago Titicaca. En cuanto a Saint Crieg, formó parte de la expedición del conde de Castelnau en el sector del alto Urubamba. Véase el libro "Coordenadas Geográficas del Cuzco" del doctor Fortunato L. Herrera, que también podría llamarse de "Los Hombres de Ciencia que han visitado el Cuzco". Ya hemos dicho que Squier vino al Perú el año 1863 como encargado de negocios. Tardó tres años en nuestro país.—N. del T.

tigres, y se dice que fueron tomados del Templo del Sol, donde estaban uno a cada lado de la escalera que asciende a las terrazas. Las peanas están labradas en forma tal que favorece la hipótesis de que originariamente estuvieran colocadas en alguna clase de pared, quizá en una albardilla. Tienen dos pies de alto. (1)

Una de las cosas notables e interesantes del Cuzco es la Alameda, al sur de la ciudad, sobre los bancos del Huatanay y frente a los jardines del Sol. Es una área larga y un tanto estrecha, plantada de sauces y alisos con algo de gusto y tiene una especie de templo griego en el fondo. Pero nadie se pasea aquí y está invadida de cactus y malezas sobre las cuales las lavanderas del río vecino extienden la ropa a secar. El espíritu público en el Perú es espasmódico y todas las obras de embellecimiento despiertan sólo un interés momentáneo y luego sucumben por la apatía general del pueblo. Los sentimientos afectivos hacen que los varios *panteones* o cementerios se conserven en condición decorosa y el del Cuzco es elegante y bien ordenado. Pero causa extrañeza al visitante, que habiendo tanta tierra dispuesta a recibir y guardar para siempre los restos de los muertos, sean éstos metidos sólo por uno o dos años en nichos, en las paredes, y después, extraídos y quemados o enterrados en un rincón.

Mi primera visita al panteón fué en las primeras horas de la mañana, y conforme me acercaba al barrio de Belén, en un extremo de la ciudad, en que se encuentra el cementerio, observé en la calle una procesión que iba delante, precedida de algunos hombres que llevaban velas, uno que tocaba un violín y otro que tañía un clarinete. Al pasar por aquel barrio de casas escuálidas, unas mujeres con los cabellos desgredados se agolparon precipitadamente detrás del féretro y comenzaron a dar los más fuertes y extravagantes lamentos que puede producir el organismo humano. Quedé asombrado con la violencia de aquel duelo y maravillado de que tan profundas simpatías populares se hubiera conquistado aquel difunto. Alcancé la procesión o más bien

(1).—Los pumas del museo de la señora María Ana Centeno se conservan en la misma casa, hoy de su no menos distinguida descendiente señora Carmen Vargas viuda de Romanville. El museo de antigüedades peruanas de la Universidad del Cuzco, es hoy sin duda alguna, uno de los más ricos del mundo, sobre todo en materia de artefactos incásicos de piedra. Existen valiosas colecciones particulares en vías de expropiación por la Universidad. Las leyes del Estado protegen los monumentos históricos, prohíben la exportación de antigüedades y reglamentan las excavaciones.—N. del T.

tropel, en el puente de la Almudena, donde las lamentaciones cesaron súbitamente y las inconsolables se agruparon sonrientes en torno de un hombre, quien de pie sobre una piedra, les repartió *cuartillos* (monedas de tres centavos), que sacaba de su sombrero, y después de esto las afligidas criaturas se volvieron atrás, riendo y charlando para esperar otro funeral. Por un *medio* cada una de estas lloronas de oficio de la calle del Hospital acompaña los cadáveres hasta la puerta del cementerio, sintiendo destrozársele el corazón de dolor y se deshace en lágrimas.

El panteón está cercado con altas paredes blancas y tiene una portada de piedra con rejas de hierro. Encima de la puerta hay un nicho, y en él un verdadero esqueleto sostenido por una varilla de acero, con una corona dorada sobre su cabeza o sea y con dos banderas metálicas en sus manos descarnadas, con estas inscripciones "YO SOY PABLO BILLACA" "MEMENTO MORI". Pablo Billaca fué albañil y murió de una caída cuando estaba componiendo la fachada de la catedral.

Las distracciones en el Cuzco son las procesiones religiosas y las peleas de gallos. Las primeras son casi de todos los días, y tan frecuentes, que pronto dejé de preocuparme de ellas. Las segundas se realizan solamente los domingos. La *cancha* está en el patio del extinguido *beaterio* de San Andrés y consiste en un redondel de barro de dos pies de alto y otros tantos de espesor, rodeado de bancos circulares de alturas ascendentes, destinados a los espectadores. Alrededor del patio hay filas de jaulas para los gallos, algunas de las cuales están llenas con los huesos de las piadosas beatas que fueron sepultadas en el patio, y cuyas cenizas se removieron para hacer las paredes de la *cancha*. Las peleas eran muy concurridas por clérigos, magistrados y militares. Tuve la suerte de ganarle una *onza* al Presidente de la Corte Superior, que me desafió a apostar por el *bizcacha*, un gallo importado, con un solo espolón que ya había ganado dos peleas. Mi sirviente Ignacio había descubierto un "pájaro" de excelentes cualidades en Cacha y lo había traído envuelto en su poncho con el propósito de hacerlo pelear en el Cuzco. Durante dos semanas estuvo en el cuarto de Ignacio y absorbió gran parte de su atención fuera de que me fastidió con sus incesantes cantos, de tal manera que exigí que peleara pronto, que fuera despachado a la calle, o decapitado. Ignacio se resolvió por lo primero, me pidió el sueldo por un mes adelantado, jugó el gallo por cuatro onzas; ganó; luego vendió el gallo por otra onza; se fué a beber y dilapidó el úl-

timo *cuartillo*; se perdió por tres días, y después, volvió a casa con un ojo hinchado y "*muy mal de la cabeza*".

Sobre el desaseo del Cuzco todos los visitantes tienen recuerdos desagradables. Ofende por igual la vista y el olfato por todas partes. Las *acequias* en medio de la calle tienen poca agua durante la estación de secas, y como reciben todas las aguas sucias de las casas, son por lo general mal olientes, y con serlo más ese basurero tropical o gallinazo ordinario, nunca se aventura en esta elevada región. Probablemente no se ve en ninguna parte del mundo espectáculos tan extraordinarios como los que se ofrecen al borde de las *acequias* en las primeras horas de la mañana; ciertamente nada más espantoso para los ojos del extranjero acostumbrado a la honestidad. (1)

El "cuatro de julio" peruano ocurre el veintiocho, aniversario de la independencia y se celebró a los dos días de mi llegada al Cuzco. Se inició con las mismas detonaciones sulfurosas a que estamos acostumbrados en nuestro país. Hubo una revista de las tropas de la guarnición y del batallón de voluntarios y asistencia de los notables a la catedral, con sermón de uno de los *canónigos*, en el cual, por mal de sus culpas, reprochó al Gobierno y fué arrestado en la noche. Los estudiantes de la Universidad, patrióticos como lo son siempre los estudiantes, fueron los más activos partícipes en las fiestas del día. Vestidos todos de frac, con curiosos sombreros de tres picos, como los *élèves* de St. Cyr en París. Ellos constituyeron el principal atractivo en la procesión de la tarde en que arrastraron por las calles una radiante Diosa de Libertad, en forma de una gran muñeca con bucles rubios y un gorro frigio resplandeciente de oropel, montada sobre las ruedas de la única pieza de artillería que un gobierno prudente confió a los un tanto turbulentos ciudadanos del Cuzco. Los indios miraban con aire indiferente como algo que les importaba poco a ellos y sólo bebieron algo más de chicha que de costumbre. El gran acontecimiento del día fué la explosión de un barril de pólvora en el *cuartel*, que era el convento confiscado a los jesui-

(1). En más de sesenta años transcurridos desde la visita del autor al Perú [1863] "el proverbial desaseo del Cuzco", muy exagerado por cierto, ha pasado a la historia. Hace muchos años que los ríos y las *acequias* han sido abovedados con el producto de impuestos locales y aumentada la dotación de agua. La completación y renovación de estas obras va siendo terminada por la Foundation Company. Los hábitos de higiene se han inculcado en la masa del pueblo, constituyendo la principal preocupación de la extensión universitaria, de los maestros de escuela, de la prensa, de las instituciones y del público en general.—N. del T.

tas, donde un grupo de soldados estaba preparando cohetes para la noche, resultando cuatro o cinco muertos y veinte o treinta mutilados u horriblemente quemados, para ejemplo de quienes tienen la imprudencia de fumar en los almacenes de pólvora. En el centro de la gran plaza se elevó una especie de templo de la libertad hecho de tocuyo estirado en marcos, con retratos de los *beneméritos* de la Independencia en todas partes—Lincoln y Garibaldi, lado a lado. Los estudiantes no se dieron por satisfechos con las fiestas del día, sino que insistieron en prolongarlas con un paseo a la luz de la luna, en que propusieron que yo llevara la bandera peruana en medio de dos banderas de los Estados Unidos. Mi experiencia en Puno era demasiado reciente para que yo ambicionara tal distinción, pero los estudiantes invadieron el patio de la casa del comandante, arrastrando la Diosa con ellos, y rehusaron dar crédito a mi indisposición y a la aseveración más verídica del coronel Vargas (1) sobre que yo estaba enteramente cansado y necesitaba reposo. Finalmente llegamos a un acuerdo y consentí en llevar la bandera sólo alrededor de la plaza y hasta la Alameda. El anuncio fué recibido con tumultuosos *vivas* a los Estados Unidos, los que sólo un individuo indiscreto pretendió contradecir con alguna alusión al *faux pas* de Mr. Webster en el asunto de las Islas de Lobos. La consecuencia fué que el disidente resultó tan bárbaramente golpeado, que tuvo que guardar cama por varias semanas. (2)

(1) El coronel Francisco Vargas, que siendo jefe de la guarnición o comandante de las fuerzas, recibió y alojó al autor, según se lee al final del capítulo anterior, desempeñó la Prefectura del Cuzco del 9 al 20 de Junio de 1865 "por la proclamación de los pueblos" como puede verse en el cuadro mural de la sala de recepciones del Cabildo.—N. del T.

(2) Nuestro autor Efraín Jorge Squier (pronúnciese SCUAIR) nació en Bethlem (Estado de Nueva York) a 17 de Junio de 1821. Hizo los estudios de ingeniero civil. Exploró las antigüedades precolombinas del valle del Mississippi desde 1842, en compañía del arqueólogo Davy. Fué encargado de negocios de su País en Nicaragua (1848); en Honduras (1854) y en el Perú (1863) donde permaneció tres años que consagró a las exploraciones de que trata su obra "El Perú" a la que corresponde el presente capítulo. Fué premiado con una medalla por la Sociedad Geográfica de París y nombrado presidente del Instituto Antropológico de N. Y. (1871). Fué gran amigo del ilustre Prescott, de Raimondi, con quien exploró la región del Titicaca; de M. Broca y del Prof. Wyman, que estudiaron los cráneos incasos recogidos por él, etc. Cuando vino al Cuzco, el ferrocarril de aquí a Juliaca, que es un tramo del Panamericano, no era sino un proyecto. Es autor de las siguientes obras: "Antiguos Monumentos del Valle del Mississippi" (Washington 1848); "Nicaragua" (N. Y. 1851); "Nicaragua, sus Monumentos" (N. Y. 1852 y Londres, dos vols.); "Las Antigüedades del Estado de N. Y." (Búfalo, 1851); "Relación Hecha por el Licenciado Diego García de Palacio al Rey Don Felipe II,

CAPITULO XXIII.

Sacsahuaman, antigua fortaleza del Cuzco.

Significación de su nombre.—Situación de la fortaleza.—La quebrada del Rodadero.—Acueducto i cascadas.—La Puerta de la Arena.—La roca del Rodadero.—Naturaleza de la roca.—Descripción de la fortaleza por Garcilaso.—Plano de su construcción.—Sistema de desagüe.—Piedras inmensas.—Entradas.—El edificio circular i otros secundarios.—Error de Prescott. Cómo se trasladaban las piedras.—La piedra cansada.—Error de Von Tschudi respecto al Rodadero.—El trono del Inca.—Piedras extrañamente labradas.—Asientos de piedra.—La chingana o laberinto.—Contraste entre el Sacsahuaman i la llamada fortaleza Tiahuanaco.—Epoca en que se contruyó el Sacsahuaman.—El Cuzco moderno está construído en su mayor parte con los materiales del Sacsahuaman.—Lamentaciones de un descendiente de los Incas por su destrucción.—Buscaderos de tesoros i sus tradiciones.—Leyenda de doña María de Esquivel.

La capital del Imperio de los Incas no estaba defendida por murallas como lo estaban algunas de las antiguas ciudades incaicas.—Su valle, rodeado de altas montañas era naturalmente casi inexpugnable i sus entradas estaban defendidas por fortificaciones. La ciudad, sin embargo, tenía su ciudadela o fortaleza, dominándola como la Acrópolis a Atenas, como Ehrenbreitstein a las aldeas situadas a su pie, como el castillo de Edimburgo i como la "Roca" de Gibralt-

en la que describe la provincia de Guatemala, las Costumbres de los Indios y otras Cosas Notables" (traducción) que forma parte de la "Colección de Documentos y Relaciones Raras Relativas al Descubrimiento de América" (N. Y. 1860); "La Serpiente Símbolo Religioso de los Pueblos Antiguos" (N. Y. 1851); "Waykna, aventuras en la costa de los Mosquitos" (N. Y. 1854), publicado con el seudónimo de Manuel A. Baro; "Notas sobre la América Central" (1854); "Los Estados de Honduras y San Salvador" (1855); "Los Estados de América Central" (1857—1870); Monografía de los autores que han escrito sobre las lenguas aborígenes de América (1860), etc.—El sabio americanista murió en 1888.—N. del T.